ANTOLOGÍA. LOS POETAS DEL EXILIO REPUBLICANO DE 1939 Y MIGUEL HERNÁNDEZ

Por
MANUEL AZNAR SOLER y JOSÉ RAMÓN LÓPEZ GARCÍA
(GEXEL-CEFID-Universitat Autònoma de Barcelona)

Desde el mismo momento en que tuvieron noticia de su trágica muerte en las siniestras prisiones franquistas, Miguel Hernández sirvió de inspiración a muchos poetas del exilio republicano. Conmocionados e indignados por esta muerte, las poesías escritas en su homenaje transitan por variados estados de ánimo, si bien manifiestan de modo casi unánime la denuncia al régimen fascista y el dolor y melancolía ante la pérdida del poeta. La imprecación, la denuncia, el tono elegíaco o la evocación personal de quien para muchos había sido también amigo y camarada, conforman algunos de los contenidos de esta antología de poemas en la que caben sonetos y romances, verso libre y poemas escénicos. Una antología que, en este año del centenario del nacimiento del poeta, simplemente pretende recordar la importancia que Miguel Hernández, al igual que Antonio Machado o Federico García Lorca, tuvo entre los exiliados republicanos como símbolo de esa ética y estética republicanas truncadas por la barbarie fascista.

La antología se inicia, excepcionalmente, con dos poemas del chileno Pablo Neruda: «A Miguel Hernández, asesinado en los presidios franquistas» y «El pastor perdido». Hemos creído conveniente ejemplificar en su persona a las docenas de poetas latinoamericanos que, solidarizados con la causa republicana, brindaron asimismo su homenaje a Miguel Hernández. Neruda, por otra parte, jugó un papel fundamental en la trayectoria vital del poeta español y amplió su horizonte estético de manera determinante, además de ser quien, por su cargo consular para el gobierno chileno, tuvo noticia de la muerte de su amigo y se encargó de difundirla de inmediato entre la comunidad exiliada, promoviendo todo tipo de iniciativas en homenaje al poeta de Orihuela[1].

La antología recoge composiciones dispersas en la diáspora geográfica del exilio republicano –desde México a Argentina, pasando por Uruguay, Chile, Francia, Suiza o la antigua Unión Soviética– y escritas por autores de distintas promociones y sensibilidades poéticas, desde Rafael Alberti, Jorge Guillén, Manuel Altolaguirre o Juan Rejano a Francisco Giner de los Ríos, Lorenzo Varela, Antonio Aparicio, Aurora de Albornoz o Nuria Parés, representante esta última de la llamada «segunda generación» o «generación hispanomexicana» que cierra nuestra selección.

Esperamos que esta antología, ampliable a buen seguro a un mayor número de autores y poemas, ponga de relieve la importancia del legado hernandiano en el conjunto del exilio republicano español de 1939 y sirva de particular homenaje al autor de *Viento del pueblo* en este año 2010, centenario del poeta Miguel Hernández.

A MIGUEL HERNÁNDEZ, ASESINADO EN LOS PRESIDIOS FRANQUISTAS*

Llegaste a mí directamente del Levante. Me traías,
pastor de cabras, tu inocencia arrugada,
la escolástica de viejas páginas, un olor
a Fray Luis, a azahares, al estiércol quemado,
sobre los montes, y en tu máscara
la aspereza cereal de la avena segada
y una miel que medía la tierra con tus ojos.

También el ruiseñor en tu boca traías.
Un ruiseñor manchado de naranjas, un hilo
de incorruptible canto, de fuerza deshojada.
Ay, muchacho, en la luz sobrevino la pólvora
y tú, con ruiseñor y con fusil, andando
bajo la luna y bajo el sol de la batalla.

Ya sabes, hijo mío, cuánto no pude hacer, ya sabes
que para mí, de toda la poesía, tú eras el fuego azul.
Hoy sobre la tierra pongo mi rostro y te escucho,
te escucho, sangre, música, panal agonizante.

No he visto deslumbradora raza como la tuya,
ni raíces tan duras, ni manos de soldado,
ni he visto nada vivo como tu corazón
quemándose en la púrpura de mi propia bandera.

Joven eterno, vives, comunero de antaño,
inundado por gérmenes de trigo y primavera,
arrugado y obscuro como el metal innato,
esperando el minuto que eleve tu armadura.

No estoy solo desde que has muerto. Estoy con los que te buscan.
Estoy con los que un día llegarán a vengarte.
Tú reconocerás mis pasos entre aquellos
que se despeñarán sobre el pecho de España
aplastando a Caín para que nos devuelva
los rostros enterrados.

Que sepan los que te mataron que pagarán con sangre.
Que sepan los que te dieron tormento que me verán.
Que sepan los malditos que hoy incluyen tu nombre
en sus libros, los Dámasos, los Gerardos, los hijos
de perra, silenciosos cómplices del verdugo,
que no será borrado tu martirio, y tu muerte
caerá sobre toda su luna de cobardes.
Y a los que te negaron en su laurel podrido,
en tierra americana el espacio que cubres
con tu fluvial corona de rayo desagrado,
déjame darles yo el desdeñoso olvido
porque a mí me quisieron mutilar con tu ausencia.

Miguel, lejos de la prisión de Osuna, lejos
de la crueldad, Mao Tse Tung dirige
tu poesía despedazada en el combate

hacia nuestra victoria.
Y Praga rumorosa
construyendo la dulce colmena que cantaste.
Hungría verde, limpia sus graneros
y baila junto al río que despertó del sueño.
Y de Varsovia sube la sirena desnuda
que edifica mostrando su cristalina espada.
Y más allá la tierra se agiganta,
la tierra
que visitó tu canto, y el acero
que defendió tu patria está seguro,
acrecentado sobre la firmeza
de Stalin y sus hijos.
Ya se acerca
la luz a tu morada.
Miguel de España, estrella
de tierras arrasadas, ¡no te olvido, hijo mío,
no te olvido, hijo mío!
Pero aprendí la vida
con tu muerte: mis ojos se velaron apenas,
y encontré en mí no el llanto
sino las armas
inexorables!
¡Espéralas! ¡Espérame!

México, diciembre 1949

*Pablo Neruda, «A Miguel Hernández, asesinado en los presidios franquistas», *Cultura y Democracia*, París, 2 (febrero de 1950), pp. 19-20[2].

EL PASTOR PERDIDO*

Se llamaba Miguel. Era un pequeño
pastor de las orillas
de Orihuela.
Lo amé y puse en su pecho
mi masculina mano,
y creció su estatura poderosa
hasta que en la aspereza
de la tierra española
se destacó su canto
como una brusca encina
en la que se juntaron
todos los enterrados ruiseñores,
todas las aves del sonoro cielo,
el esplendor del hombre duplicado
en el amor de la mujer amada,
el zumbido oloroso
de las rubias colmenas,
el agrio olor materno
de las cabras paridas,
el telégrafo puro
de las cigarras rojas.

Miguel hizo de todo
–territorio y abeja,
novia, viento y soldado–
barro para su estirpe vencedora
de poeta del pueblo,
y así salió caminando
sobre las espinas de España
con una voz que ahora
sus verdugos
tienen que oír, escuchan,
aquellos
que conservan las manos
manchadas
con su sangre indeleble,
oyen su canto
y creen
que es sólo tierra
y agua.
No es cierto.
Es sangre,
sangre,
sangre de España, sangre
de todos los pueblos de España,
es su sangre que canta
y nombra
y llama,
nombra todas las cosas
porque él todo lo amaba,
pero esa voz no olvida,
esa sangre no olvida
de dónde viene
y para quiénes canta.
Canta
para que se abran las cárceles
y ande la libertad por los caminos.

A mí me llama
para mostrarme todos los lugares
por donde lo arrastraron,
a él, luz de los pueblos,
relámpago de idiomas,
para mostrarme
el presidio de Ocaña,
en donde gota a gota
lo sangraron,
en donde cercenaron
su garganta,
en donde lo mataron siete años
encarnizándose
en su canto
porque cuando mataron esos labios
se apagaron las lámparas de España.

Y así me llama y me dice:
«Aquí me ajusticiaron lentamente».
Así el que amó y llevaba
bajo su pobre ropa
todos los manantiales españoles
fue asesinado bajo
la sombra de los muros
mientras tocaban todas las campanas
en honor del verdugo,
pero
los azahares
dieron olor al mundo aquellos días
y aquel aroma era
el corazón martirizado
del pastor de Orihuela
y era Miguel su nombre.

Aquellos días y años
mientras agonizaba,
en la historia
se sepultó la luz,
pero allí palpitaba
y volverá mañana.
Aquellos días y siglos
en que a Miguel Hernández,
los carceleros
dieron tormento y agonía,
la tierra echó de menos
sus pasos de pastor sobre los montes
y el guerrillero muerto,
al caer, victorioso,
escuchó de la tierra
levantarse un rumor, un latido,
como si se entreabrieran las estrellas
de un jazmín silencioso:
era la poesía de Miguel.
Desde la tierra hablaba,
desde la tierra
hablará para siempre,
es la voz de su pueblo,
él fue entre los soldados
como una torre ardiente.

Él era
fortaleza
de cantos y estampidos,
fue como un panadero:
con sus manos hacía
sus sonetos.
Toda su poesía
tiene tierra porosa,
cereales, arena,

barro y viento,
tiene forma
de jarra levantina,
de cadera colmada,
de barriga de abeja,
tiene olor
a trébol en la lluvia,
a ceniza amaranto,
a humo de estiércol, tarde,
en las colinas.
Su poesía
es maíz agrupado
en un racimo de oro,
es viña de uvas negras, es botella
de cristal deslumbrante
llena de vino y agua, noche y día,
es espiga escarlata,
estrella anunciadora,
hoz y martillo escritos con diamantes
en la sombra de España.

Miguel Hernández, toda
la anaranjada greda o levadura
de tu tierra y tu pueblo
revivirá contigo.
Tú la guardaste
con la mano más torpe, en la agonía,
porque tú estabas hecho
para el amanecer y la victoria,
estabas hecho de agua y tierra virgen,
de estupor insaciable,
de plantas y de nidos.

Eras
la germinación invencible
de la materia que canta,
eras
patria de la entereza y dispusiste
contra los enemigos,
el moro y el franquista,
una mano pesada
llena de enredaderas y metales.
Con tu espada en los brazos, invisible,
morías,
pero no estabas solo.
No sólo la hierba quemada
en las pobres colinas de Orihuela
esparcieron tu voz y tu perfume
por el mundo.
Tu pueblo parecía
mudo,
no miraba

tu muerte,
no oía
las misas del desprecio
pero, anda,
anda y pregunta,
anda y ve si hay alguno
que no sepa tu nombre.

Todos sabían,
en las cárceles,
mientras los carceleros
cenaban con Cossío,
tu nombre.
Era un fulgor mojado
por las lágrimas
tu voz de miel salvaje.
Tu revolucionaria
poesía
era, en silencio, en celdas,
de una cárcel a otra,
repetida,
atesorada,
y ahora
despunta el germen,
sale tu grano a la luz,
tu cereal violento
acusa,
en cada calle,
tu voz toma el camino
de las insurrecciones.

Nadie, Miguel, te ha olvidado.
Aquí te llevamos todos
en mitad del pecho.

Hijo mío, ¿recuerdas
cuando
te recibí y te puse
mi amistad de piedra en las manos?
Y bien, ahora,
muerto,
todo me lo devuelves.
Has crecido y crecido,
eres,
eres eterno,
eres España,
eres tu pueblo,
ya no pueden matarte.
Ya has levantado
tu pecho de granero,
tu cabeza
llena de rayos rojos,
ya no te detuvieron.

Ahora
quieren hincarse
como frailes tardíos
en tu recuerdo,
quieren regar con baba
tu rostro, guerrillero comunista.
No pueden.
No los dejaremos.
Ahora
quédate puro,
quédate silencioso,
permanece sonoro,
deja
que recen,
deja
que caiga el hilo negro
de sus catafalcos podridos
y bocas medievales.
No saben otra cosa.
Ya llegará
tu viento,
el viento del pueblo,
el rostro de Dolores,
el paso victorioso
de nuestra nunca muerta
España,
y entonces,
arcángel de las cabras,
pastor caído,
gigantesco poeta de tu pueblo,
hijo mío,
verás
que tu rostro arrugado
estará en las banderas,
vivirá en la victoria,
revivirá cuando reviva el pueblo,
marchará con nosotros sin que nadie
pueda apartarte más del regazo de España

*«El pastor perdido», *Ercilla*, Santiago de Chile (29 de diciembre de 1953)[3].

AL MORIR EL POETA MIGUEL HERNÁNDEZ. DOS TIEMPOS DE LLANTO*

I

Como un terrón que escapa del surco hacia los cielos,
cargado de asperezas y fragancias,
apareciste, hermano.
Contigo se elevaron la espiga y la paloma,
el íntimo perfume del romero,
el balido inocente de la oveja más tierna.

Te recuerdo invadido de rumores
como un olivar triste,
con la frente combada hacia la aurora
y un clavel horadándote las manos.
Te recuerdo de miel y espino seco.

En tus abarcas de pastor llevabas
todo el rocío virgen, todo el fuego
increado del alba;
en tu zamarra un áspero rumor de encinas graves
y más adentro,
sobre tu corazón, la voz del río
donde, embriagado ruiseñor, creciste.

Oh, cantor milagroso de la ternura agreste,
un mastín te guardaba la osamenta
y a la puerta encrespada de tus venas
suspiraba una alondra.

Eras una raíz tan amorosa,
erguida con tal furia entre los hombres,
que se te oía correr la sangre hermosa
como un galope de caballos jóvenes
sujetos por un freno de alhelíes.

Un temblor de amapolas y trigales maduros
se asomaba a tus ojos
y una violenta sed te rodeaba,
una sed escondida
en los siglos de llanto,
en el hombre, en la piedra, en las retamas
que a nuestros campos dieron
su inmemorial tristeza.
Tierra tú mismo te nombraste, tierra,
y de la tierra fuiste a despertar al pueblo,
a ceñirle coronas,
a restañarle heridas
cuando la soledad y la agonía
como rosas de espanto a su sien se asomaban.
Ay, tu gloria fue entonces,
tus matinales nupcias con lo eterno.
Nadie puede decir cuándo morimos
para nacer al alba perdurable,
pero en aquella unión de sangre y tierra
te brotaron entrañas en la entraña,
alas crecieron de la pana honrada
que tu cuerpo vestía,
y tu canción se alzó sobre la muerte,
heroica, deslumbrante,
porque a la muerte misma se ofrendaba.
Solitario cabrero del verbo apasionado,
allí sigues viviendo, en ese instante
conmovido respiras,

sueñas,
cantas.
No has muerto, no pudieron
matarle los que a golpes de rencor te mataron.
La tierra no perece, y tú eres tierra,
toda la noble tierra de España que ahora cubre
tantos sueños tronchados.
Tú eres, niño de fuego, la esperanza.

2

Como un lucero herido que a la tierra desciende
después de dar su luz al mundo ciego,
partiste hacia las sombras.
Mírame aquí cantando con mis lágrimas
tu ausencia irreparable,
los enlutados ecos de tu canto.

Entre mis manos guardo su fulgor que no cesa:
España, tu gemido de fruto desangrado.

*Juan Rejano, «Dos tiempos de llanto. Al morir el poeta Miguel Hernández», *El Nacional*, México D. F. (29 de noviembre de 1942), p. 34.

MIGUEL HERNÁNDEZ*

...Y siento más tu muerte que mi vida.
M. H.

A estos cielos que escuchan hoy tu nombre
entre la angustia de mis labios lento,
a estos campos que tú hubieras alzado
hasta el milagro de tu voz abierta
para amarlos, cantarlos y entregarlos,
a esta tarde redonda de hermosura,
quiero, Miguel, venir con tu memoria.
Aquí te siento bien; tengo tu pulso
y guardo con la luz tus ojos tristes.
Olvido, con tu nombre y tu presencia
clavados dulcemente en el recuerdo,
tu tremendo dolor y tu agonía
para encontrarte fresco sobre el agua,
limpio sobre el silencio de los campos
y en la luz y el poema compañero.

Te llevo por el campo, dolorido
mi pecho de tu ausencia y tu llamada,
y no puedo pensarte terminado,
tus limpios ojos quietos para siempre.
Tierno y duro pastor del otro día
soñando por las huertas de Orihuela
una luz incesante y manadora
que te anegaba el corazón insigne;
alegrando el color del Manzanares

con tu blanca camisa, tus abarcas
y un ardor contenido de Levante;
cantando entre los tiros del Jarama
la canción española de la guerra.

No has muerto, que te han muerto entre unos muros
asesinando el vuelo de tus pájaros,
la voz de tu garganta amordazando.
Derribada hermosura sin remedio,
irremediable muerte a la palabra
tan lejos de mi sangre y de mi aliento.

Aguárdame, Miguel, en nuestra tierra,
en la quietud forzosa de tus labios,
en la clara verdad de tu silencio
que hace temblar tu cielo con promesas
de una canción bajando hasta los hombres.
¡Qué su turbia conciencia se deshaga
con tu sangre indeleble, con tu rayo!
Y de albas y de auroras nos incendie
la pasión de tu carne ya cumplida.

Como te alza hoy mi pecho a la ternura
y a la honda memoria que te guardo,
quiero la tierra nuestra, que sembraste
con la dulce semilla de tu nombre,
cumplir con la mañana su jornada
y subirte algún día hasta su gloria.
Miguel de hierba, fuego y alma sólo,
hermano muerto en esta viva muerte:
tú empujas con tu sangre y con tu ejemplo
el limpio amanecer de la esperanza.

Teotihuacan y México, 18 de octubre

*«Miguel Hernández», *El Nacional*, México D. F. (29 de noviembre de 1942), p. 35.

MIGUEL, POR ORIHUELA*

Miguel, por Orihuela,
voy a verte mañana.
Era Madrid (treinta y cinco)
tu corazón saltaba,
amigo en Velintonia
tu canción empezaba.
Tanta es la muerte en medio
que a la vida se calla
para vivir tu muerte
en silencio, en su alma,
que es la que el cielo dicta
para mañana.
¿Y no es verdad, Miguel,
que lo que importa basta,

que todo va sobrando
frente a lo que importaba?
No sé por qué pregunto
a esta noche callada
que en nada nos entiende
y viene de la nada.
Pero tiembla en el aire
Orihuela mañana
e impacienta la luz
el temblor de mi alma.
En el recuerdo siempre
–Teotihuacan callaba
con tu viva memoria–
mi corazón te alcanza.

*«Miguel, por Orihuela», en *La luz recuperada (Poemas de Alicante)* (1980), poemario inédito recogido en *Jornada hecha. Obra poética (1932-1992)*, edición de Rafael Inglada, estudio introductorio de Emilio Miró, Málaga, Ayuntamiento de Málaga, 2008, p. 663.

ÉGLOGA FÚNEBRE A TRES VOCES Y UN TORO PARA LA MUERTE LENTA DE UN POETA*

A la memoria de Miguel Hernández

Voz 1: Antonio Machado
Voz 2: Federico García Lorca
Voz 3: Miguel Hernández

UN TORO

(*Lo que ya sucedió y aquí sucede*
sucede todo junto a un lento río
donde flota la vida de la muerte.
La tierra que divide ya no es tierra,
que es taladro, garganta solamente
para tragar la muerte de la vida,
para tapar la vida de la muerte.
Lo que pasa por él es lo que pasa,
lo que enmudece en él, lo que enmudece.
Si la vida no vive, en él no vive;
sí si la muerte, en él sólo la muerte.
Fijo en sus ondas, que no van al mar;
fijo en su brisa, que ni va ni viene.
Crecido sólo si la vida baja,
sólo crecido si la muerte crece).

1

En el principio eran las alas, eran
los aprendices ramos voladores.
Eran las plumas en el primer día,
que relámpagos súbitos nacieran.
En estado de pájaro se abría

la luz y en situación también de flores.
Podía abrir, cerrar de ruiseñores
la flor del limonero
y el naranjel morirse de zorzales.
Podía el corazón lo que quería.
En el principio eran las alas, pero
también, en el principio, la alegría.

VOZ 1

Yo fui «aprendiz de ruiseñor».

VOZ 2

Mi frente
lo fue de montes y cabalgaduras.

VOZ 3

Yo vine a ser, vine a nacer simiente,
bulbo, raíz, tirón para el arado.

VOZ 1

Mi canto, estepa.

VOZ 2

El mío, escarpaduras.

VOZ 3

De tierra, el mío, por desterrado.

(*Un toro derribado,*
junto a la orilla,
herido.
Su piel son agujeros
de sangre rota y penas,
por los que asoma y brilla
entumecido
un pasado de azules ganaderos
hoy de mordaza y de cadenas).

EL TORO

En el principio, la alegría. Entraba,
de poder a poder, volcado, abierto
mi corazón al mar, desmesurándolo
hasta el mismo nivel de las estrellas.
Subí a cumbres celestes los navíos,
a riberas lunares mis orillas.
Llegó a ignorar el hombre de las playas
si eran sus arenales los del cielo.
Recamado de huertas y jardines,
me transplanté, toro floral, pacífico,
enredadas las astas de granados,
escaleras arriba de las nubes.
Al hombre de la esteva y la guadaña
lo empiné a eternas, verdes maravillas

de onduladas alturas candeales.
En los patios tranquilos, las mujeres
no lloraban la ausencia de los niños
ni la del tordo que hospedó la jaula.
De la cola a los cuernos me fluían
pueblos empavesados de hermosura.

VOZ 1

Alas mi voz, se me escapó de un río
del que siempre volé de tu llanura,
cuando me fui quedando
vida de sombra, romeral bravío,
humo de piedra, espliego divagando;
cuando mi clara voz se hizo neblina
y se me fue pasando
de rama verde de olivar a encina.

VOZ 2

Potro de monte, ciervo despeñado
por los desfiladeros
de una luna perdida en un camino;
clavel disciplinado, castigado
a ser por tristes molineros
harina muerta de molino.
¡Oh voz, oh limpia voz de escarpadura,
oh jinete de céfiro, oh destino
de brisa malograda y prematura!

VOZ 3

Voz de tierra, mi voz se me salía,
de raíces y entrañas, polvorienta,
seca de valles, seca de sequía,
amarilla de esparto, amarillenta.
Suplicante de alcores
y frescos desniveles de ribazos,
de ser de altura y regadía,
me derramé, sangrienta,
acribillándome de flores
y de abejas los brazos.

VOCES 1, 2 y 3

¡En el principio era la alegría!

EL TORO

Pero un mal viento la hizo mil pedazos.

(*Aquí el río espesó súbitamente,*
suplicándole ahogado a sus orillas
crecieran piedras contra tanta muerte.
Era la vida humana sin la vida,
era la vida humana con la muerte.
Cuando más suplicaba, un soplo helado,

una triste parálisis creciente,
un rígido temblor, un distendido
detenimiento lo estiró de muerte.
Era la muerte viva de la vida,
era la muerte muerta de la muerte).

2

EL TORO

¡A ese toro! ¡a ese toro! Era el verano
un alba en fiesta de limón. Cantaban
todavía en mi sangre las hogueras,
atreviéndose el mar enamorado
(¡ay, ay, el mar, el mar!) hasta los tréboles
más íntimos y ocultos de los ríos.
¡A ese toro! ¡A ese toro!

–Yo me había
de casar ese día.
– Yo, irme de viaje.
– Estrenar barco azul y cielo la bahía.
– La madre, un niño.
– La novia, un nuevo traje.
– Yo tenía ese día que cantar.
– Yo que cantar, matar.
– Yo, que reír, huir.
– Y yo que huir, quedar
en ese día.
– Pero tú y yo, llorar.
– Tú y yo, llorar.
– Tú y yo, llorar.

¡A ese toro! ¡Qué grito! ¡Qué tremenda
provocación *de lidia en descampado*!
¡Qué sacudida al monte de mis hombros,
qué explosiones al filo de mis astas!

¡A ese toro! Le *entierren entre cardos* la lengua,
después que lo lancinen hasta en los ojos picas,
banderillas de pólvora le empujen en los huesos
y una espada candente le hinque el testuz. La sombra
jamás para su arrastre sin fin le suba límites.
Gire ese toro, gire, abierto, desollado,
fijo sobre un mar de sangre navegable.

Pero de golpe me arranqué soldado.

VOZ 2

Soldado y marinero,
toro en bandera,
ni la muerte te puso
contrabarrera.
¡Luna valiente!

¡Qué dolor de balazos
para mi frente!

Furia ciega, a cornadas,
sin miramiento.
Toro de espuma y ola,
de trigo y viento.
Ansias mortales.
Vida que se me llevan
los arenales.

Tú bramando, bregando,
toro de hombres.
Yo, mordiendo la tierra
que te mordía.
De parte a parte,
mis tristes matadores
para matarte.

Negro mar sorprendido,
toro enfrentado,
y un jinete ya polvo
deshabitado.
Luna ultrajada,
y un potro ya sin nadie,
de madrugada.

VOZ 1

Se abrió y creció la tierra ensangrentada,
la pobre tierra de alto nombre: madre;
la tierra natural, la tierra honrada.

–Quiero gritar.
Y se detuvo el aire.
–Hervir.
Y se le heló la lengua al agua.
–Bramar.
Y el viento se desplomó en sauce.
–Ver.
Y empalidecieron las ventanas.
–Correr.
Y ya las calles no eran calles.
–Llorar.
Y el río no corría lágrimas.
–Morir.
Y era la muerte inhabitable.
–Maldecir.
Y eran plomo las gargantas.
–Matar.
Y hasta las vidas ya eran fuentes de sangre.

El ancho toro abierto tundido coleaba,
arrancándose en troncos de varones y árboles.
Nunca vi un corazón crecer más encumbrado,

ni a un toro en pleamar verterse en pleamares.

Yo levanto mi angustia, mi aliento encanecidos,
nostálgicos de balas y sueños capitanes.
Diez muertes que brotaran mis diez dedos serían
pocas contra la muerte de una luna tan grande.

(*Aquí ya ni a la piedra de la orilla*
lo consideró piedra la creciente.
Era una sangre blanca y desmedida
la que entró helando el cauce de la muerte.
Le dolían subir, pies sobre ella,
cosas que juntas estuvieron siempre:
un caballo sin hombre, una veleta
sin torreón, un álamo sin nieve,
una boca sin ojos, una cuna
sin niño chico, una mujer sin vientre,
marismas sin ganados, olivares
ya sin montes, sin viento y sin aceite).

VOZ 3

Me rompe oírte y mata verte
toro de cólera y de luz,
amenazado hasta la cruz
por ese estoque de la muerte.
Me arranco todo de la lana,
me quito ovejas y panales,
en ti me desemboco y me destilo
reciente, neto de mañana,
descarnado de filo,
voluntario de erales.

Ese violento hilo
que me agarra a la tierra y que me engrana
a sus raíces, entreabriendo
voz de maíz a mi costado,
de amapola a mis dientes,
se me descuaja de un tirón, poniendo
sobre tus hombros un soldado
de leales simientes.

Va en mi sueño el ganado
y la cigarra de la era;
va el tejo de la honda pasajera
con el glacial cuchillo cachicuerno;
la relampagueadora
segadora guadaña;
va también con mi vida a la trinchera
la dulzura de un tierno
recental escondido en mi entraña.

VOZ 1

Y así te vi subir en primavera

toro-laurel, toro-laurel de invierno,
toro-laurel de otoño y de verano.

VOZ 3

Nunca hubo fiera más florida,
nunca más verdes capiteles,
ni cielo que intentara con la mano
tapar más ancha herida
de laureles, laureles y laureles.

VOZ 1

Nunca la vida fue más vida.

VOZ 3

Los hombres, más hermosos ni más fieles.

(*Aquí el toro empezó a sufrir de sombra,*
de soledad y casi de abandono.
Un frío extraño le invadía el ruedo,
un calculado sol lo declinaba).

EL TORO

¡A ese toro! ¡A ese toro! ¡Quién dijera
que se intentara al mar ver en derribo;
la luna, atado el cuello, rebotando,
roja, de peña, en peña, descornada!

¡Ay, quién me aguantaría, sin clavarse
una aguja en los ojos, ver por tierra
a la pasión humana enfurecida;
descoyuntados contra un olmo seco
la paz con el amor, enamorada!

¡A ese toro! ¡A ese toro! No eran pasos
los que se me iban yendo por las vértebras,
eran cuerpos sin luz que se me hundían
en los hoyos abiertos de la sangre.
Un acoso sin fin hacia un silencio,
hacia un urgido cráter de la muerte,
hacia un precipicio de la nada.

(*Dijo, y, al parecer, extendió inerte*
su piel sobre una mar ensangrentada).

3

(Y entró el tiempo en el tiempo de los ayes:
–¡Ay! (Portalazos en el mar). ¡Ay! ¡Ay!
–¡Ay! (Por las torres aterradas). ¡Ay!
–¡Ay! (Resplandores repentinos). ¡Ay!
–¡Ay! (Por las alacenas y los pulsos)
–(Por los subsuelos sin salidas). ¡Ay!
–(Por las conciencias y la noche). ¡Ay!

–¡Ay! (Juramentos y descargas). ¡Ay!
–(Mofa y mal vino sin cuartel). ¡Ay! ¡Ay!
–(Cunas al vientre de los pozos). ¡Ay!
–(Por los relojes trascordados). ¡Ay!
–¡Ay! (Por los hospitales sin heridos).
–¡Ay! (Piquetes). ¡Ay! (Llaves.) ¡Ay! (Cerrojos).
–¡Ay! (Manteles). ¡Ay! (Sillas solas). ¡Ay!
–(Zanjas y zanjas). ¡Ay! (Pálidos muros).

EL TORO

¡Ay! (Soledad). ¡Ay! (Jaramagos). ¡Ay!

VOZ 2

(*desde el río*)

La va tarde va de huida por escaleras granas,
y por la mar un toro, desvanecido, a rastras,
bajo un redoble mustio de espumas y retamas.
Sube mi sangre, niño, del valle a la montaña.

En el principio eran las alas...

VOZ 2

(desde lejos)

Yo me dejé olvidados los ojos en mi casa;
la voz, perdida y sola sobre provincias altas.
Quiero para morirme mis ojos, mi garganta.
¿No ves que me alejan a tumbos esas aguas?
Quita mi muerte, niño, de estas tierras extrañas.

En el principio eran las alas…

VOZ 3

Amigos: ya las piedras y los cardos me llaman.
Premeditadamente, la sombra pica en calma
los materiales hoyos y dientes de sus ansias.
¡Ay, qué retardo y fría lentitud de mortaja!

En el principio eran las alas...

(*El toro aquí se fue doliendo*
de punzadoras alambradas,
de patios duros donde hasta el sol era
un ojo agónico, entreabriendo
sobre tantas volcadas
flores, un lagrimal de olvido y cera).

VOZ 3

Que avisen pronto a mi casa.
Tengo que arar de madrugada.

Varón, varoncito grande.
Que a él no le digan que lo saben.

Paloma revoladora.

¡Aire, que vuela ya la sombra!

Mordidos suelos helados.
Tengo que hablarle pronto al campo.

Vara de nieve en los huesos.
...que conversar con el almendro.

Sangre que ni cama tienes.
...gavillar ramos de laureles.

Ni dormir ni despertarse.
Adonde quieras tú llevarme.

Pena de torre y ventanas.
Éramos diez, nueve me faltan.

Ni va la arena ni el árbol.
¿Es que no hay mar para los barcos?

Fiebre de luz, alta fiebre.
¿Es que la mar ya ni se mueve?

¡Ay toro de desvarío!
¿Es que no tengo ya ni amigo?

Toro de locura y aire.
¿Es que no tengo ya ni sangre?

Toro de martirio y sueño.
¿Es que no tengo ya ni cuerpo?

Toro de silencio y alma.
¿Es que no tengo ya esperanza?

Toro de muerte y abandono.
¿Es que no tengo ya ni toro?

¿Es que no tengo ya ni toro?
¿Es que no tengo ya ni toro?

(Aquí el toro gritó, crujió tan fieramente,
como si con garganta de monte, si con lengua
de borrasca o con pozos de truenos se pudiera.
Tan herido y tan duro, que hasta en el río exánime
tembló helado papel la cara de la muerte,
subiendo a torrenciales auroras los olivos
y a festones de luz el mar enguirnaldado.
Fue como si de pronto un boreal augurio,
una alegre catástrofe sin fin se derramara
bajo los delirantes abrazos de los puentes).

*Rafael Alberti, *Pleamar (1942-1944)*, Buenos Aires, Losada, 1944, pp. 59-87[6].

ELEGÍA A MIGUEL HERNÁNDEZ*

A contra vida, remontando el fuego,
voy por tus años entre dos riberas,

hasta llegar a la soberbia encina
que aún llueve ramos para la victoria.

Por ser breve tu edad quedó ese río
hecho puñal, no espada, ante la muerte,
mas sus lentas orillas tan delgadas
he de cruzar despacio, recordándote.

Quisiera ser el mar que tu agua hiere
y el cielo que acaricias con tus nubes,
pero tan sólo soy un navegante,
a contra fuego, de tu hermosa vida,
bajo la luna que verá tu cauce
como un rayo tendido que no cesa
de dar lumbre y señalar caminos.

Bajo la luna llegaré hasta el prado
donde fuiste pastor, niño yuntero,
donde cambiaste un sudor por otro
como se cambia el rico sus vestidos.

Voy por tus años entre dos riberas
las anchas alas de tu fantasía
quemándome la fe de tu memoria
su duro fuego ya cristalizado.

*Manuel Altolaguirre, «Elegía a Miguel Hernández» (¿1942?)[7].

DUELO EN TRES CANTOS POR LA MUERTE DE MIGUEL HERNÁNDEZ*

CANTO PRIMERO

Y de olivo, al olivo la platería mengua,
disminuyen al verde, las hojas que coronan
la tierra de tus sienes enterrada.
¡Oh ruiseñor cautivo del surco que te diera
tan verde voz de plata labradora!

Libre, como solía tu silbo en las majadas,
pastor, quiero cristal para decir mi lágrima,
mi llanto para el verde recuerdo de tu mano,
para la pura plata de tu habla.
¡Que tenía un frescor de venero sin mácula

aquella tu palabra de metal alunado,
de ramas cual llovidas y estrellas bajo tierra!
Fue en Arévalo, ¡bardas de cal ensimismada!,
cuando por las desiertas calles avileñas
nos daban comunión albas paredes

entre lucientes voces castellanas.
Entonces no pensaba,
Miguel, en una rama,
que de olivo, al olivo la platería mengua;
disminuyendo al verde, las hojas que coronan

la tierra de tus sienes enterrada.

Por otros aires hoy desmantelado,
anda sujeto al hilo de la patria,
como por una vena que a tirones
vitales de congoja,

me da su arboladura, ya celeste,
ya poblada de mortal tiniebla.
Siento como una sombra de sangre ya lejana,
y sin embargo dentro de mis dentros,
que requiere las líneas de mi mano,

el calor de mi diestra,
para cumplir destinos como espadas:
puras de temple puro, sin dulzuras,
sólo fieles al brazo que las guarda.
Una sombra que tira de mi sombra,

que me manda el regreso
y me ordena en el alma la luz desordenada,
luz heredada de esa ya sola sombra de mi sangre.
Como anudada al corazón, la sierpe,
breve, mas decidida, del destierro,

me come a sentimientos,
a dulcísima noche desvelada,
a enemigas caricias de memoria,
a terca soledad desamparada.
¡También tenemos cárceles cerradas,

bajo esta libre piel que se ha salvado
lejos de los penales,
tus dispersos amigos por el mundo!
Después te vi unos días, por noviembre,
–Madrid era un frutal manzano bombardeado–

en un invierno de tan triste humano:
parecías, Miguel, ¡tú, de Orihuela!,
un árbol aterido,
un invernal aliso que llevara
bajo de la corteza el sol de mil veranos.

Eras ya por entonces tan soldado
que sonaban tus versos a batallas
y dejaban las crestas de la Sierra
rumorosas de angélicas descargas:
al pie de las rematas,

nacían, como nubes,
las humaredas púrpuras y blancas,
o pedazos de cielo, de azuladas.
Ya tenías entonces por los ojos,
y en las mismas miradas,

la firmeza del pozo señalado

para apurarle el trago de la muerte
sin dejar gota afuera,
¡camarada del álamo,
ángel de la arboleda y del ganado!

¡Qué gran pastor de toros en su tumba
tienen hoy los de lidia en la ribera
oscura del viaje sin regreso, Miguel, y sin partida!
¡Toros celestes por las nubes granas!
Mas no pensaba entonces yo, ni nadie,

que un repentino anochecer de España,
a turbia estrella negra y celestino
lucero lagartijo te matara.
No lo pensaba nadie, Miguel, que te creciera,
formando en tus latidos viva muerte,

la rama verde y plata
que de olivo, al olivo la platería mengua;
disminuyendo al verde, las hojas que coronan
la tierra de tus sienes enterrada.
Nadie lo presentía:

tenías en la cara los poderes
antiguos de la encina.
Y en el pecho,
escudo de leales robles y duraderos.
¡Que se pueda morir así, sin nubes,

sin lomas amarillas,
sin cielo por los prados,
sin voz y sin espada!
¡Que cierren al pastor y le envenenen el aire de sus cumbres señaladas,
así: el aire; le apaguen los pulmones

con losas funerarias,
le tapen la mirada con muros mancillados!
¡Que no haya, Dios, poderes que remedien
el mal de los enigmas,
la sombra amarga que arrojan los linajes

de origen desviado
sobre los dulces y serenos valles,
y sobre los zagales preferidos!
¡Dime, dilo ya si es que no eres
mas que un anciano torpe y sin sentido,

un sol ya derribado,
Padre de los antiguos,
Señor de estos rebaños
así desasistidos,
sin aire, desgarrados

por los brañales fríos,
perdidos los milagros,

borrados los caminos!
¡Muestra a mis ojos esa faz que ha sido
árbol de gracia eterna,
espada de la aurora,
nieve de primavera,
alba paloma!
¡Oh cuerno del destino y la fortuna!:
¡para los unos goce,
para los otros muerte prematura!

Ya oigo tu sonido de trompa que Caronte
sopla desde su luna,
requiriendo pastores
para cuidar la albura
de esas perpetuas alas mortales de los Dioses.

Desde ese firme cielo que ahora te cobija,
Miguel, pareceremos cual sombras desvividas,
fantasmas ya poblados por esa muerte grande
que conoces.
Mas recuerda, pastor, tú, el disputado

guía de las palomas y las musas,
que aquí, por una de ellas dominado,
sólo espanto y pavor,
sólo confusas
muestras de desamor

clava en mi corazón ya desolado.
A sus pechos juntado
tengo mi boca amarga
por abrevar de un trago,
tal un caballo joven, aspeado,

la muerte que se alarga
siendo tan breve lago.
Que se alarga y me aparta de su lado,
lejos del seno negro, traspasado
por un dulce venero

de venenosa leche, y un cimero
pezón envenenado.
Y arrimo a ella mis labios dulcemente,
para no herir su furia renunciada,
por ver si de repente

puedo esta breve muerte y alejada
ganar a la inclemente
musa de los poetas, desalmada.
Para alcanzar la tuya, Miguel, ¡qué no desande
sus pasos hacia mí tu clara muerte grande!

Y perdona, pastor, al desterrado,
desde esa gloria verde, las ilusas
palabras que por ti ha desenterrado,

para ti, ¡el disputado
guía de las palomas y las musas!

* Lorenzo Varela, «Duelo en tres cantos por la muerte de Miguel Hernández», *De Mar a Mar*, Buenos Aires, 2 (enero de 1943), pp. 38-44[8].

ASÍ LO MATARON*

Es como matar un labradío, pero algo más: un labradío vivo. Como matar un campo sembrado de amaneceres, lujosos mediodías y noches estrelladas. Como matar un vivo pedazo de tierra española humana. Era fundador de linajes, como los primitivos capitanes. ¡Buena cepa de pueblo puro, sin destino trabucado, sólo sostenida y guiada por los derechos muros del alba!
Y así lo mataron: derribando antes el alba, llevando, para cavar la huesa, prisioneras a las últimas estrellas.
Silbaba como los pájaros milagrosos y hacía versos coronados de romero y nubes de plata marina, como los rebaños que mandaba, a la vera del mar latino, sobre las laderas de Alicante, presintiendo su olfato guerrillero el verdoso esplendor polvoriento de Murcia.
Y así lo mataron: como quien ordena que cese el augurio del pájaro, el mandato del mar, la conocida voz de los rebaños, la viajera certidumbre de las más claras nubes, el bien ganado huerto.
¡Bien seguro estoy que hay cumbres y campanarios, playas y caminos romanos, y negros toros vírgenes como tus ojos poderosos, que maldicen las lechuzas que soplaron esa llama perpetua que te alumbraba el corazón!
[¡] Mas, aunque nos abrase las manos, recogeremos esa antorcha de maduras espigas que segaron a tus pulmones; ella será nuestro lucero hasta que el alba, enterrada contigo, pastor, se levante y serene los fieles perros ovejeros y ahuyente los lobos que hoy sacian su sequía en las venas de España!
Y así lo mataron, vanamente, como si así la vil saliva que rige hoy el camposanto español, como si así los cuervos sepulturería de la raza pudieran liberarse de la carroña que los come.

*Lorenzo Varela, «Así lo mataron», 1942[9].

ELEGÍA A LA MUERTE DE MIGUEL HERNÁNDEZ*

(A la muerte de Miguel Hernández)

Llora el Guadalquivir con voz de ira
hiriendo con sus manos sus riberas,
solloza el dulce Tajo mientras mira
amarillas de espanto hasta las eras;
el Duero pensativo,
entre álamos dolientes,
se siente con razón triste y cautivo
y lleva al mar su pena desolada.
Ojos de duelo, cenicientas frentes
vagan sobre la España amortajada.
La flor de los pastores,
aquel pastor que era un canto llano,
aquella flor de flores,
aquella franca mano,
yace ya con su sangre derramada,
«antes de tiempo y casi en flor cortada».

Ciego en una prisión de cal y canto,
su corazón cubierto de cadenas,
y sin más compañero que su canto,
y sin más compañería que sus penas,
fijo en las negras redes
que clavaban su suerte,
dejó escrito en su celda, en sus paredes,
su «Me voy con la Muerte»,
su «Adiós mis compañeros, mis amigos;
despedidme del sol y de los trigos».

Soldado fue cuando sobre la tierra
de España inauguraron los cañones
esta que aún nos persigue, fiera guerra.
Era como un león entre leones.
Sembraba en los soldados,
cantando en la trinchera,
estrofas de pasión y de alegría,
iluminaba pechos quebrantados,
y ante su vista era
valor lo que antes fuera cobardía.

Estar junto a la mano y a la sombra
de aquel leal soldado,
de aquel varón hermano de la alondra,
de aquel pastor pariente del arado,
era estar a la vera
de un Ebro de valor y sentimiento,
de una azul primavera
que hallara su raíz y su contento
en una subterránea galería
cuyo mero contacto enardecía.

Eran sus dulces ojos tristes lagos
con la pasión del corazón escrita,
y era su alma una sonora cueva
rota en desalentada estalactita.
Cada día tenía una pena nueva,
tenía cada día
una nueva alegría
y en cada amanecer nuevos estragos.
Y así iba atravesando entre pesares,
como la luna va entre los olivos:
su corazón por nubes y por mares
y su pie caminando entre los vivos.

Dejaba tras su paso florecido
de canciones el suelo,
bajo un cielo que en fuego se trocaba.
Crecía en un instante,
despertaba en un vuelo,
allí donde él pisaba,
la fe con sus nidales,

la flor de la esperanza cautivante;
ardían los zarzales
crecidos en la umbría del desaliento,
y los firmes fusiles
mirando su ardimiento
se hacían bajo sus ojos más viriles.

De prisión en prisión fueron dejando
pedazos de su vida,
y el caudal de su sangre derramando
por una abierta y cultivada herida.
La agonía lo cercaba, le ponía
un sitio a cada hora,
un cerco a su airada fortaleza,
y al final, cuando al fin la luz nacía,
triunfante entró la muerte en su cabeza,
el silencio en su pecho,
el aire por sus venas.
Sobre un haz de crispadas azucenas
cayó al final Miguel, muerto y deshecho.

Un día te buscaremos Miguel mío,
las losas de tu cárcel levantando
hasta dar con tus huesos vencedores.
No ganó el hierro frío
de tus ejecutores
esta lucha que hoy vamos librando.
Tendrá tu corazón, tendrán tus sienes
un huerto de descanso,
tendrás la paz que muerto aún no tienes
el día que España vuelva a su remanso.

No cesará tu rayo que no cesa,
no callarán tu voz, tu melodía
de temblorosa flauta ensangrentada.
No podrá destruirte la pavesa,
no podrá enmudecerte la agonía,
no podrán contra ti nadie ni nada.
Espéranos, espera,
yacente prisionero, camarada,
muerto tu corazón aún tiene cera
para cantar la nueva primavera.

*Antonio Aparicio, «Elegía a la muerte de Miguel Hernández», *Alfar*, Montevideo, 82 (1943), pp. 54-56.[10]

OCAÑA*

En un lugar de la Mancha,
mataron al que cantaba.
Rayo
que no quería cesar.

Miguel
de los claros Hernández,
crecido junto a los ríos
que van a dar
a la mar.

Miguel
hecho y derecho,
barbecho hijo de Dios
y de los hombres.

Rayo que no quería
cesar.
Que es el morir.

*Antonio Aparicio, «Ocaña», en *Ardiendo en ira*, Madrid, Editora Nacional, 1977, p. 45.[11]

EL POETA ASESINADO*

Esta tarde trigal cuyo horizonte
cerca un mar encendido,
era tuya.
Esta desesperada serranía
que divide el hambre de Castilla
del hambre secular de Andalucía,
tuya sería, Miguel.

Este huerto nocturno
donde el naranjo desposa a las estrellas,
tuya sería, Miguel, ay, si vivieras.

Te lo usurparon todo,
la tarde, el huerto, la serranía, la vida,
sin dejarte siquiera
donde caerte muerto.

Por eso sigues vivo entre nosotros.

*Antonio Aparicio, «El poeta asesinado», en Antonio Aparicio, *Ardiendo en ira*, Madrid, Editora Nacional, 1977, p. 102.[12]

A MIGUEL HERNÁNDEZ*

De lo que el río lento se tragó
queda el recuerdo
la explosión dolorida
el mármol negro
acero verde
o tiempo endurecido
que da el hosco alumbrar del genio muerto.

Hirió un juez de uña de oro
la semilla
del gran centeno humano de Orihuela

la trituró un puñal
fuerte destello
del horizonte mudo
reflejado en violentos lodazales
y como el mar
fosfórico al formar hiel con el miedo.

La noche le abatió como un crepúsculo
contra un muro de arañas y de sombras.
Hizo frío al morir Miguel Hernández.

Una raya de luz sobre las losas
era la muerte,
que habría de llegar antes del día.

Así este gran poeta
rindió el ánima
y en la ventana en reja
se encendía
un tiempo abrasador: Miguel Hernández,
un día de agosto
en que la tierra en llamas
ha de pedir Migueles a los cielos.

*José Herrera Petere, «A Miguel Hernández», *Carreau*, Lausana, 14-15 (agosto-septiembre de 1951), p. 16[13].

MIGUEL HERNÁNDEZ*

Cayó el poeta, mas no vencido,
cayó en la cárcel de su país;
como los rayos en estallido
quebró quebrado, pero encendido
para los siglos, en cielo gris.

¡Qué desgarrones en su garganta!
¡Qué tempestad en su cabeza!
¡Cuánta ternura, tras su rudeza,
cuando en la cárcel, muriendo, canta,
mientras la muerte fascista reza!

No le pudieron cerrar los ojos,
torcer las manos amoratadas;
tras fríos muros, sus camaradas,
se despidieron de sus despojos,
con largas alas, aún desplegadas.

¡Cruel destino de los poetas,
vivir tan sólo después de muertos,
lanzar del pecho como saetas,
los corazones –rojos planetas–,
para que vuelen sobre desiertos!

Llorad, palmeras alicantinas,

la Dama de Elche, madre Orihuela,
peñón de Ifach, castillo en ruinas;
llorad, gaviotas de las salinas,
llorad la sangre, que no se os hiela.

*Julio Mateu, *Olivos y abedules. Poesías escogidas*, Moscú, Editorial Progreso, 1977, p. 130.

BAJO UNA LARGA SABANA SOMBRÍA*

Cuando más corre el viento por la Tierra,
cuando más se atropella por el día
y por la noche más se desespera
golpeando las puertas y ventanas
con su ronco gemir y desconsuelo,
pusieron bajo tierra una figura
de rostro consumido, tan serena
como un lento crepúsculo de estío.
La pusieron debajo. La taparon
con una larga sábana sombría.
La dejaron allí, la abandonaron
ya que le habían quitado la agonía,
la esposa, el hijo tierno, los caminos,
la libertad, la joven alegría,
los latidos del pecho, la palabra,
el pueblo doloroso a quien quería,
el dosel de las nubes, la fragancia
de los montes volando con la brisa,
los sudores del cuerpo enamorado,
la mirada profunda y extendida,
la generosidad desparramada,
los clamorosos labios de su herida,
su vocación de hermano de su hermano,
lo que pudo haber sido: la ancha vida
que no pudo vivir, que le arrancaron
para dejarlo inmensamente muerto,
muerto por siempre en esta tierra fría.
Y corre el viento en este fin de marzo,
azota las paredes y las tumbas,
las campanas sin lengua, las campanas
que no se han conmovido, que enmudecen
en la altura, más cerca de este cielo
que ni siquiera llueve su tristeza.
Y corre el viento, aúlla como un perro,
suelta sus patas, dice por el campo
una larga palabra desvalida.
Y no contesta nadie este gemido
por lo que nos quitaron, y desnudo
quedó sin sueños, como no nacido.
Y este perro rabioso, con la lengua
lamiendo los barbechos apagados,
se cansa, vuelve allí, donde descansa

quien nunca se cansó de ser tan nuestro.
Se tiende en esta tumba, se detiene,
muerde la tierra, deja que el silencio
extienda su mortaja.
Y todo queda en soledad, se apaga.
Sólo clama el recuerdo.

*Gabriel García Narezo, «Bajo una larga sábana sombría», en *Homenaje a Miguel Hernández*, presentación y antología de María de Gracia Ifach y Manuel García, Barcelona, Plaza & Janés, 1978, pp. 109-110.

A MIGUEL HERNÁNDEZ*

Que salga del corazón
de los hombres jornaleros,
que antes de ser hombres son
y han sido niños yunteros.
Miguel Hernández, «El niño yuntero»

Miguel, tú eres el pastor,
de zurrón y de navaja
que hasta el Jarama se baja
mientras oye el ruiseñor.

Hablabas con el zagal
que su mendrugo mordía,
y en tu corazón había
una sangre fraternal.

Iban meciendo los toros
sus melodiosos cencerros,
iban saltando los perros,
y el sol derritiendo oros.

Ibas tú desamparado
y huérfano vitalicio
aprendiendo el duro oficio
que luego te hizo soldado.

Por eso, cuando el fusil
te brotó en el hombro fiero
a pólvora y a romero
olía y a mes de abril.

Tú no saliste a matar,
tu gloria estaba en morir,
y a la hora de combatir
rompiste loco a cantar.

A cantar enardecido
de amor a España, de amor
al canto, pues ruiseñor
eras tú desde nacido.

Se empinaban los trigales

y los pinos campesinos,
y al borde de los caminos
daban su olor los jarales.

¡La guerra, llegó la guerra!
Por las tierras españolas
era sangre de amapolas
y de coraje la tierra.

Se asombraban las montañas
cada amanecer; tañía
por el dolor que sentía
el bronce en las espadañas.

Y en cada ocaso la gente
se volvía a la trinchera
como se guarda la fiera
de la noche y del relente.

Luchaban. ¿Cuál de los dos
era Caín o era Abel?
Como eran los hijos de Dios
sólo lo sabía Él.

Y una mañana encontraron
a Miguel Hernández tieso,
sobre la frente de yeso
los versos que le quedaron.

Esos versos que a tirones,
empujando, golpeando
siguen cantando, cantando
en surcos y en corazones.

Miguel, porque tú no estás
se despueblan las aldeas,
van insomnes las ideas
pensando que volverás.

Algunos supervivientes
que fueron tus compañeros
van ansiosos, diligentes,
tras nóminas y expedientes
¡No fueron niños yunteros!

¡Pero los hay diferentes!

*Ángel Lázaro, «A Miguel Hernández», en *Homenaje a Miguel Hernández*, presentación y antología de María de Gracia Ifach y Manuel García, Barcelona, Plaza & Janés, 1978, pp. 141-143.

SENTIMIENTO DE MIGUEL HERNÁNDEZ*

I

Para amaneceres de mucho sol
Construía sus miradas el poeta

Con aquellos ojos que tanto le mareaban
Al ser hijo de colinas y vivir en la ciudad.

De allí venía, de las tierras suaves de Levante,
Pastor de humareda y de follaje,
Caminero de nubes y de nidos,
Voz forestal que el mar tanto acuñara.

Mucho soñaba en los rebaños,
En las ovejas de silencio ante él vivas,
Y es que sabía hablar con paciencia
En diálogos de llamas y de alas.
El vuelo soleado manaba de su corazón,
Pero el fuego nacía en su pecho de maíz.

¿Cómo vivió sin palabras cancioneras
Aunque las calles no sean verdes ni bellas?

Para sobrepasar las sombras vagabundas
El paisaje se llena de ecos.
Es el pueblecillo o el horizonte
Embebido entre las manos,
En los dedos soñadores que juegan
Y que tocan la flauta o sin color dibujan.

En acarreo de piedras y agua,
En colmenares de fe y pájaros,
Los ríos arrastran mil memorias
Para así vivir más acá de las penas.

II

La sangre afluye hacia el cuerpo claro del beso,
La sangre no se desamiga de las sorpresas,
Y todo ocurre al fructificar la vida
Como la siembre en la flor de la temporada.

De pie, al borde de las praderas,
Acariciando los ojos la hierba del cielo,
Un hombre que bebió leche de ensueños,
Contemplaba en el eco de su propio rostro,
Y tan absorto parecía, en la quietud blanca
Que el paisaje se apropiaba de lo eterno

Vida del poeta, clara, con las hogueras de cosechas,
Mientras las vidas de todos, transparente y ruda,
Surca las horas como si fuese la reja del arado,
Horas en que la oveja pare y orienta su destino.

En las palabras de la memoria viaja la esperanza,
Cada mirada, igual que la sangre, alaza el amor,
Lo yergue hasta esas heredades en que la paloma
Un árbol explica a los monstruos la edad de vivir.
Las hojas son arma, y los frutos, la ilusión.

Pastor o sonámbulo, despierto o pasionado,
El poeta sabe que la soledad aleja al porvenir.

En los campos de Levante todo obedece a la naturaleza.
Un hombre cree vivir ante la vida espejeante.
Las venas del tiempo aún están enrojecidas.

III

Del sueño acuchillado brota la golondrina.
La muerte, inspirador, se une a la canción.
Así, abandonando el prestigio de heroísmos,
La golondrina pudo volver a las colinas,
Allí donde el pastor de Alicante aguardaba.
El silencio sangra por ser yacimiento de nostalgia.

Y el ensueño, en la tumba, no para de sangrar.

*Jacinto-Luis Guereña, «Sentimiento de Miguel Hernández», *Caballo de Fuego*, La Habana, 15 (noviembre de 1961), p. 309-314.

PÓRTICO PARA MIGUEL HERNÁNDEZ*

Como leña en el fuego
–lumbre en hoguera viva–
con chispas y chisporroteando,
como portalada de fiesta
en cohetes y alas de sombra,
un corazón tierno y berroqueño
que de amor arde y se abrasa,
tal vez combustión de mirada intensa
con sangre jovencísima y añeja,
acaso pasión domada
o proa de latidos sin rienda,
el pan de cada beso,
el beso de cada día,
el día de todos los años
con lágrimas de las cuatro estaciones,
la vida con herencia
de enésimas llamas buscadoras de luz
y de ella con fervor clamadoras,
un corazón en su pura semilla
buscando vegas y parameras,
que sufre y se vuelve enhiesto,
que se acongoja y se hace sonrisa,
que se entristece y es clarísimo canto.
Como bosque,
como vergel,
como hambre y sed,
como cáliz hasta las heces bebido,
el corazón de un poeta,
un corazón en elegía coral de muerte.

*Jacinto-Luis Guereña, «Pórtico para Miguel Hernández», en *Miguel Hernández: biografía ilustrada*, Barcelona, Destino, 1978, p. 7.

MIGUEL*

I

¡No, que la canción se ha muerto!
¡No, que el árbol se ha secado!
¡No, que el barco ha naufragado
antes de llegar al puerto!
Todas las flores del huerto
deshojan el sí y el no.
En Orihuela nació.
Un arcángel jesuita
le bañó en agua bendita
pensando en Gabriel Miró.

II

No cantes, que ya nos deja,
al costado una lanzada,
la frente cuadriculada
por la sombra de la reja.
No cantes que ya se aleja.
No cantes, no cantes, ¡no!
En Alicante murió.
Un ibérico cainita
le ofreció la dinamita
pensando en el Agipró.

III

En Orihuela nació,
pastor de cabras, poeta,
a la sombra de un cometa
que el destino le marcó.
En Alicante murió,
entre la hoz y la cruz.
Cuando se apagó su luz
un arcángel jesuita
le ofreció la dinamita
dentro de un verde capuz.

*Antonio Otero Seco, *Obra periodística y literaria. Antología*, edición, introducción y notas de Francisco Espinosa y Miguel Ángel Lama, Mérida, Editora Regional de Extremadura, 2008, volumen II, pp. 229-230.

A MIGUEL HERNÁNDEZ*

Miguel, Miguel, Miguel, estás llorando
por encontrar el ritmo de tu nombre.
Déjame que blasfeme y que maldiga
porque el ritmo murió tu misma muerte.

Te encuentro y, sin embargo, te busco en todas partes,
en el claro recuerdo de tu clara sonrisa,
y en esa luminosa proyección de tus ojos
empapados del verde huertano y entrañable.

¿Qué pensarán las madres de los que te mataron,
segando tu voz clara de gallo que horadaba
con piqueta de ritmo y pico ebrio de aurora
el filón de tu canto en la mina del día?

Miguel: lloro y escribo y evoco tu figura
de campesino sabio e ingenio ciudadano
y recuerdo aquel vino del cáliz de tus ojos
con tu pan y tu sal de mano hospitalaria.

¿Recuerdas aquel día? Mi hijo había llegado
abriendo en lloro inédito la puerta de la vida
cuando le levantaste sobre tus hombros fuertes
mi hijo en redondo como en la Eucaristía.

¿Por qué agujereaste, al nacer, la cayada
de pastor de rebaños, de almendros y de musas
que encontraste en la cuna como ofrenda paterna,
antes de que le hicieran la tierra y los gusanos?

Miguel: quiero decirte todo lo que tú sabes:
que la rosa se ha muerto por culpa de tu ausencia
y que este año el arado dimitió de su hierro
porque no quiere espigas extrañas a tus manos.

Están buscando todas las viudas de España
–viudas de su hombre, de tu vida y tu muerte–
tu perfil de certeza de tierra germinada
rasgada por el trino de un ruiseñor constante.

(Y tú, Miguel Arcángel, tú, Miguel, levantabas
a mi hijo que abría la puerta de la vida.
Escucha tu mensaje, su voz que te pregunta
en un túnel de ausencia sin remedio y sin eco).

Treinta siglos sonoros de ríos españoles
hinchaban esas venas de tus brazos labriegos
que mi hijo aprendía a saber levantando
el bosque primitivo del vello de tus manos.

Miguel, Miguel, Miguel, como a tu amigo,
muerto en su carne de hombre y vivo en tu poesía,
déjame que te diga con palabra entrañable
lo que tú adivinabas de muerte y viva muerte,
que me llega lanzado por honda de pastores.

A las aladas almas de las rosas,
del almendro de nata te requiero,
que tenemos que hablar de muchas cosas,
compañero del alma, compañero.

París, 30 de abril de 1952

*Antonio Otero Seco, *Obra periodística y literaria. Antología*, edición, introducción y notas de Francisco Espinosa y Miguel Ángel Lama, Mérida, Editora Regional de Extremadura, 2008, volumen II, pp. 245-247.

«SER UN RÍO DE AMOR QUE SE DERRAMA…»*

Ser un río de amor que se derrama
hasta inundar la tierra más distante
y alimentar su ausencia a cada instante
y en su fuego abrasarse cual retama.

Ser un tronco de vida que se inflama
aunque el metal más frío se levante,
y comprobar que un hacha agonizante
hace del corazón trágica rama.

Ser la mano que toca la belleza
y tener que apartarse de su lado,
para ver las humanas cicatrices.

Ser un árbol de sangre y de pureza
y tener que vivir desarbolado,
como un árbol que vive sin raíces.

* * *

«AL DOLOR DEL DESTIERRO CONDENADOS…»

Al dolor del destierro condenados
–la raíz en la tierra que perdimos–,
con el dolor humano nos medimos,
que no hay mejor medida, desterrados.

Los metales por años trabajados
las espigas que puras recogimos,
el amor, y hasta el odio que sentimos,
los medimos de nuevo, desbordados.

Medimos el dolor que precipita
al olvido la sangre innecesaria
y que afirma la vida en su cimiento.

Por él nuestra verdad se delimita
contra toda carroña originaria
y el desierto se torna fundamento.

*Adolfo Sánchez Vázquez, «Ser un río de amor que se derrama…» y «Al dolor del destierro condenados…», en Enrique Azcoaga, *Panorama de la poesía español moderna*, Buenos Aires, Editorial Periplo, 1953, pp. 141-142[15].

DESPEDIDA AL AMIGO*

No despedida,
hermano.
Tu voz está.
Es eterna,
como el barro es eterno.

Tu voz,
la voz que nos dejaste,
tu palabra,
se maduró en los trigos.

Tu voz,
Miguel Hernández,
quema todos los vientos
como miles de soles.

Tu voz,
Miguel Hernández,
«hermano, camarada, amigo»,
se quedó para siempre,
roja de fuego
bajo el sol de fuego.

Tu voz,
Miguel Hernández.

Tu palabra,
que dijo la palabra
de todos.

*Aurora de Albornoz, «Despedida al amigo», *Caracola*, Málaga, 101 (marzo de 1961)[16].

MIGUEL HERNÁNDEZ*

Era el don de sí mismo
Con arranque inocente.
La generosidad
Por exigencia y pulso
De aquel ser, criatura
De fuego –si no barro,
O ya vidrio con luz que lo traspasa.
Así, de claridades fervoroso.
Encuentra fatalmente su aliado
Más íntimo más fiel
En ciertos cuerpos leves.
¡Palabras! Signos muy reveladores
Van alumbrando un más allá, descubren
Un mundo fresco, gracia.
Este aprendiz perpetuo de las formas.
Pretéritas, actuales, ya futuras.
Es al fin absorbido
Por un grave tumulto
Que lo arroja al extremo de su dádiva.
Mujer, el hijo, lucha. Lucha atroz.
Límite esperanzado.
Genial: amor, poema.
Español: cárcel, muerte.

*Jorge Guillén, «Miguel Hernández», *El Urogallo*, 23-24 (noviembre-diciembre de 1973), p. 3[17].

ROMANCES DE LA MUERTE VIVA*

A la memoria de Miguel Hernández,
el poeta muerto en la cárcel

Estaba inmóvil, tan quieto
que un sordo rumor de pájaros
se le adivinaba dentro.
Su carne se desgajaba
quebrando el cristal del sueño
en sus ojos asombrados
y ya rota, sobre el suelo
se le iba tornando en vida
su muerte, de sí fluyendo.
¡Cómo se huía su carne!
¡Cómo se quebraba el miedo!
¡Qué tránsitos se sentían
vidriar sus ojos abiertos!...
Todo el peso de su hombría
en hombros de carceleros,
todo el vibrar de su canto
en las espaldas del viento.
Ya cantan los silencios de la tarde
anudando lianas a su cuerpo...
¡No le llaméis! ¡Dejadle
que viva de su muerte sobre el suelo!

* Nuria Parés, «Romances de la muerte viva», en *Canto llano*, México D. F., FCE, 1959[18].

NOTAS

1.–Manuel Aznar Soler dio a conocer algunos de estos textos en «Algunos homenajes a Miguel Hernández en el exilio republicano español de 1939», *Miguel Hernández. La sombra vencida, 1910-2010*, ed. José Carlos Rovira, Madrid, Sociedad Estatal de Conmemoraciones Culturales, 2010, pp. 125-137.

2.–El poema entrará a formar parte de la sección XII, «Los ríos del canto», de *Canto general* (1950) con el título definitivo «A Miguel Hernández, asesinado en los presidios de España»; en Pablo Neruda, *Obras completas: De Crepusculario a Las uvas y el viento, 1923-1954*, ed. de Hernán Loyola, Barcelona, Galaxia Gutenberg/Círculo de Lectores, 1999, pp. 745-746.

3.–Incluido en *Las uvas y el viento* (1954), en *Obras completas: De Crepusculario a Las uvas y el viento, 1923-1954*, *op. cit.*, pp. 968-975.

4.–Publicado también en *Nuestro Tiempo*, México D. F., I, 1 (julio de 1949), pp. 48-50, y con el título definitivo de «Al morir el poeta Miguel Hernández (1942). Dos tiempos de llanto» recogido en varios poemarios de Rejano como *Libro de los homenajes* (México D. F., UNAM, 1961), así como en su *Poesía completa*, ed. de Teresa Hernández, Córdoba, Diputación de Córdoba, 2003, pp. 397-399.

5.–Precedida de una nota anónima, «Miguel Hernández» (p. 178), esta elegía también apareció en *Cuadernos Americanos*. México D. F., 6 (noviembre-diciembre de 1942), pp. 179-180. Posteriormente, se incluye en *Jornada hecha. Poesía: 1934-1952* (México D. F., Tezontle, 1953), en *Elegías y poemas españoles* (México D. F., Finisterre, 1966) y en *Jornada hecha. Obra poética (1932-1992)*, ed. de Rafael Inglada, estudio introductorio de Emilio Miró, Málaga, Ayuntamiento de Málaga, 2008, pp. 358-360.

6.–Un avance de este poema se publicó en *De Mar a Mar*, Buenos Aires, 1 (diciembre de 1942), pp. 13-18.

7.–Dada a conocer por Margarita Smerdou en «Dos elegías inéditas de Manuel Altolaguirre», *Prohemio*, Madrid-Barcelona, I, 1 (abril de 1970), pp. 123-124, existen dos versiones del poema. Recogemos aquí la reproducida en Manuel Altolaguirre, *Obras completas. III. Poesía*, ed. de James Valender, Madrid, Ediciones Istmo, 1992, pp. 335-336.

8.–Publicado asimismo en el diario bonaerense *La Nación* (14 de octubre de 1945), posteriormente, junto al poema «Súplica a la libertad», sería recogido en la antología *Poetas libres de la España Peregrina en América*, ed. de Horacio Becco y Osvaldo Svanascini, Buenos Aires, Ollantay, 1947, pp. 189-197 [193-197]. Incluido en el poemario *Homaxes* de Lorenzo Varela (ed. y prólogo de Luis Seoane, Sada-A Coruña, Ediciós do Castro, 1979), ha sido convenientemente reproducido en la *Poesía completa* de Lorenzo Varela editada por Xosé Luis Axeitos, Sada-A Coruña, Ediciós do Castro (Biblioteca del Exilio 3), 2000, pp. 222-227.

9.–Publicado en *Lorenzo Varela: Algúns inéditos*, edición digital, Real Academia Galega, 2005, pp. 48-51; <http://www.realacademiagalega.org/PlainRAG/letters/honoredFigures/work/files/LV.pdf> (última consulta, 25 de septiembre de 2010). El cuaderno también ha sido reproducido en el monográfico dedicado a Lorenzo Varela del *Boletín da Real Academia Galega*, 366 (2005), pp. 62-205.

10.–Con el título definitivo de «No cesará tu rayo que no cesa», se integra en *Fábula del pez y la estrella*, Buenos Aires, Losada, 1946, pp. 121-127; incluido en *Corazón sin descanso. Poesía reunida*, ed. de Sol Aparicio de Léger y José María Barrera López, Sevilla, Renacimiento, 2004, pp. 149-152.

11.–Recogido en Antonio Aparicio, *Corazón sin descanso*, *op. cit.*, p. 215.

12.–Recogido en Antonio Aparicio, *Corazón sin descanso*, *op. cit.*, p. 254.

13.–Recogido en Enrique Azcoaga (ed.), *Panorama de la Poesía Moderna Española*, Buenos Aires, Periplo, 1953, p. 221, pasará finalmente al poemario *El incendio/L'incendie*, París, Chambelland, 1973, pp. 76-78.

14.–Recogido en *Homenaje a Miguel Hernández*, presentación y antología por Maria de Gracia Ifach y Manuel García, Barcelona, Plaza & Janés, 1978, pp. 124-126.

15.–Estos dos sonetos fueron escogidos por Adolfo Sánchez Vázquez para el número que la revista *Caracola* preparó en homenaje a Miguel Hernández; *Caracola*, Málaga, 96-97 (octubre-noviembre de 1960), p. 20. Junto con otros dos sonetos, fueron publicados bajo el título global de «Destierro» (además del poema «Afirmación de amor») en el *Boletín de Unión de Intelectuales Españoles*, México D. F., 14 (abril-mayo de 1961), pp. 22-24; reproducidos en *Homenaje a Miguel Hernández*, *op. cit.*, pp. 206-207, se recogen en Adolfo Sánchez Vázquez, *Poesía*, prólogo y coordinación de la edición de María Dolores Gutiérrez Navas, Málaga/México D. F., Centro Cultural Generación del 27/FCE, 2005.

16.–Reproducido en *Homenaje a Miguel Hernández*, *op. cit.*, pp. 50-51.

17.–Recogido en *Homenaje a Miguel Hernández*, *op. cit.*, pp. 127-128; fue incluido en *Aire nuestro. Y otros poemas*, Barcelona, Barral Editores, 1979, p. 331.

18.–Recogido en *Poetas del exilio. 13 poetas hispanomexicanos. Antología*, selección y estudio preliminar de Bernard Sicot, A Coruña, Ediciós do Castro, 2003, p. 137.